

Es el fúnebre doblar de las campanas de Nonnenwerth,—á que responden las márgenes del Rhin.—Lento, vibrante; el sonido se extiende rápido;—más rápido que la flecha del cazador,—más que el relámpago al rasgar la nube tempestuosa.—Parte del pie de la montaña de Andernak,—y le contesta la cima del Bonn. ¡Oid!—A un sonido sucede otro sonido, y sus ecos despiertan otros ecos.

Sí, el doblar de las campanas de Nonnenwerth—que convoca á los vivos, á rogar por aquellos—que los hombres llaman muertos, es el que sube como un rumor—hasta las cumbres elevadas de Drakenfels.

«Desde el profundo abismo hemos clamado á Tí, Señor: ¡Señor, oid nuestra voz!» Cantan los monjes de Nonnenwerth, en la cripta misteriosa de su vetusta iglesia.—Uhland, su anciano abad, está en medio de ellos:—Uhland, á quien Dios revela los pensamientos ocultos;—Uhland, el Santo. Uhland que profetiza las cosas futuras,—y ahuyenta con sus oraciones las tempestades y la peste.

Postrado en las frías losas, inmóvil y absorto,—su noble semblante parece reflejar la luz del cielo.—Tal vez es la hora de prodigios que él solo conoce;—tal vez sufre la visión de las penas—con que las almas se purifican de sus pecados.—Por eso aparece como transfigurado,—ora por el placer, ora por el dolor,—y surcan sus mejillas, lágrimas de alegría ó sufrimiento.

En tanto el pueblo, fiel rebaño de Cristo,—de rodillas al rededor del túmulo y del altar,—implora las misericordias del Altísimo;—y el coro canta: «Levanté mis ojos hacia las montañas—de donde me vendrá el auxilio.»—«Que el Señor proteja vuestra venida y vuestro regreso, ahora y para siempre»—«Que el Señor os guarde de todo mal.» «Que el Señor salve vuestra alma.»

¡Mirad, mirad! Por los desfiladeros del Andernak—una muchedumbre inmensa desemboca en el valle apresuradamente,—y avanza ansiosa en dirección á la ciudad.—Ni la detiene la corriente furiosa del río,—ni encuentra obstáculos que no venza en su rápida marcha.—¡Ya llegan! Niños y ancianos, jóvenes, guerreros...—¡Oh! ¡Qué innumerable multitud!—Ocupan la llanura, y nadie parece advertir su presencia.

¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? ¿A dónde se encaminan?—Como sombras vivientes, se adelantan presurosas en silencio...—El viento agita sus largas túnicas de penitencia...—La misma expresión anima todos los semblantes...—Niños y ancianos, jóvenes, guerreros... ¿qué